

Cuarto entretenimiento.

La Santísima Virgen cuida de nuestra salvación.

Los que hubiesen velado hacia ella,
obtendrán sus favores.

(Ecl. C. IV. v. 13.)

I. Tenéis razón, hermanos míos, de prorrumpir en cantos de alabanzas en honor de María, y de exclamar: ¡oh reina del cielo, océano de gozo, bendita seais en cada momento! Sí, sí, alabadla, bendicidla y honradla; porque ella merece todos vuestros homenajes. ¡Ah! hermanos míos, sin la Santísima Virgen, ¿qué seríamos? no podríamos esperar ningún bien; porque debéis saber que, según San Juan Damasceno, Dios ha entregado en sus manos todas sus misericordias; de suerte que, si María nos faltara, careceríamos de to-

dos los bienes; mientras que teniéndola por nuestra, tenemos á nuestra disposición todos los medios necesarios para salvarnos. En efecto, la Santísima Virgen tiene tanta solicitud por nuestra salud eterna, como no la tiene el hombre más avaro por su dinero, ó el negociante por sus intereses; ella no se ocupa más que en procurarnos los medios de salvarnos; este es el objeto de todos sus pensamientos, de sus deseos y todos sus esfuerzos. “Dice Ricardo de san Víctor, que María, desea, busca y obtiene la salud de todos.”

¿Qué no hace la Santísima Virgen por salvar una alma? Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Hugo, Marqués de Toscana, tenía muy buen corazón y amaba tiernamente á la Santísima Virgen, le ofrecía cada día flores de hermosas virtudes; pero la más bella era su inocencia ejemplar. ¡Ay! esta inocencia no duró mucho tiempo; las ocasiones, la vivacidad de su

carácter y los malos ejemplos, hicieron que pronto la perdiera y se entregara á todos los desórdenes de la juventud, llegando á ser en poco tiempo el escándalo de toda la Toscana. Pero en medio de sus extravíos, conservaba siempre alguna devoción á la Santísima Virgen; confiando en las oraciones que le hacía, creyó que no estaba del todo perdido, porque aun tenía algo bueno.

Cuando su conciencia le reprochaba la vida que llevaba y le gritaba interiormente: Hugo, Hugo, te haz metido en mal camino; decía suspirando: yo ayuno los sábados, rezo el rosario y el oficio de la Santísima Virgen; María Inmaculada vendrá á socorrerme. En efecto, un día que iba al campo, no hallando ni qué comer, se le apareció una joven de rara balleza, con traje de paisana. Era la Santísima Virgen, y le presentó un cesto con frutas muy hermosas. Hugo extendió la mano y tomó una; pero ape-

nas la gustó cuando tuvo que arrojarla; porque estas frutas eran preciosas en lo exterior, pero por dentro no servían ¡Ah! dijo: no tengo valor para comerla. Entonces la Virgen Santísima le respondió con voz grave y seria: “No me gustará jamás tu devoción manchada con tantos crímenes; cambia de vida si me quieres agradar;” y desapareció. Para que comprendiera que con toda su devoción iba para el infierno, un día le hizo ver en una caverna ciertos hombres negros como los etíopes, que sacaban de un horno ardiendo, cabezas, corazones y otros miembros humanos, y los golpeaban sobre un yunque. Hugo los tomó por mágicos, y quiso reprenderlos. Pero uno de ellos se acercó á la entrada de la caverna y le dijo: “No somos mágicos sino demonios, ministros de la justicia divina y así tratamos á los hombres carnales, que Dios pone en nuestras manos. Esperamos dentro de poco á un cier-

to Hugo, Señor de este país; y cuando lo tengamos, harémos que pague sus crímenes sobre este yunque." Hugo al oír esas palabras se retiró, volvió á su casa, reflexionó en la vida que había llevado, y conoció que la devoción que tenía á la Santísima Virgen, le serviría poco, si no dejaba el pecado. Se arrepintió, se confesó, hizo pública penitencia y salió gritando por las calles: Hugo ya no será Hugo, Hugo ya no será Hugo. Después vivió santamente y murió del mismo modo, arrepentido de todos sus desórdenes.

III. He aquí hermanos míos, la solicitud con que María vela por la salud de las almas; ved hasta donde lleva el amor que nos tiene. ¡Oh prodigio de amor! ¡oh ternura inefable del corazón de María! ¿Quién de vosotros será tan negligente, que no acuda con confianza á esta buena Madre? Vosotros que hace tantos años, vivís alejados de Dios; que habeis pronunciado por decirlo

así la sentencia de vuestra reprobación diciendo: "no hay salvación para mí," recurrid á María, arrojaos á sus piés, pedid perdón de haber ultrajado á su divino Hijo; decid con lágrimas en los ojos: He aquí, ¡oh Virgen santa! al mayor pecador que existe; obtenedme de Dios un socorro eficaz, á fin de que ponga en seguridad mi alma. Sí, hermanos míos, María está dispuesta á socorremos; os busca; es toda corazón para vosotros, y quiere á todo precio salvaros; pero también quiere que hagais lo que esté de vuestra parte, tomando la firme resolución de cambiar de vida; que hagais una buena confesión y huys las ocasiones. Tomadla por abogada, y no dudeis de vuestra salvación. La devoción que os aconsejo hoy, es, rezar todos los días el santo rosario en vuestra casa, con toda la familia, para dar buen ejemplo. Esta preciosa devoción, tan recomendada por santo Domingo, le fué enseñada por la misma Virgen Santísima; y los

sumos Pontífices la han enriquecido con muchísimas indulgencias.



Quinto entretenimiento.

María, Refugio de pecadores.

Los que la poseen tendrán la vida por herencia.

Ecd. C. IV. ver. 14.

I. Había antiguamente unas ciudades de franquicia ó de refugio, y cualquiera que se refugiaba en ellas se libraba de muchos inconvenientes, y participaba de gran número de bienes; de manera que esas ciudades se poblaban de habitantes fieles.

Gracias al cielo nosotros no tenemos que envidiar á la antigüedad esta ventaja; porque Dios nos ha dado en la ley evangélica, una ciudad de

refugio, una sola, es cierto; pero que excede grandemente á todas las otras; porque es más rica, más fuerte, más hermosa y más segura que aquellas; y el que se refugia en esta se libra de todo mal y asegura todo bien. ¿Cuál es pues, esta ciudad afortunada? El Salmista nos lo vá á decir: *Grandes cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios.* Esta ciudad es la reina del cielo, la Madre de Dios; es María, Refugio de los pecadores, á quien la misma Iglesia invoca con este título. En esta ciudad están siempre abiertas las puertas de la misericordia á fin de que los esclavos encuentren en ella la libertad, los enfermos la salud, los afligidos el consuelo, los pecadores la gracia y los justos la gloria. María acoje, abraza y consuela á todos los que recurren á ella: y si encontrais una sola persona que la haya invocado en sus necesidades sin ser socorrida por ella, consiento en que se dude de su misericordia, dice San Bernardo. Pero,

me direis, hace mucho tiempo que me encomiendo á la Santísima Virgen y le pido una gracia, y hasta ahora nada he obtenido. ¿Qué quereis decir con eso, hermano mío? Escuchad acerca de ello la historia siguiente:

II. Un devoto siervo de la Santísima Virgen, se aplicaba á honrarla de todas maneras, no cesando de orar y pedir algunas gracias. Pero como le parecía que no obtenía ninguna, concluyó por quejarse con nuestra Señora diciéndole: "Todo el mundo publica tu misericordia, por todas partes os llaman Refugio de los pecadores, Señora nuestra, abogada nuestra, consoladora de los afligidos; pero nada de esto habeis sido para mí; pues hace mucho tiempo que os pido, y no he podido obtener de vos ni una sola gracia. Las iglesias están cubiertas de *ex-votos* en vuestro honor; los libros, llenos de milagros obrados por vuestra intercesión, y los santos Padres nos aseguran que el que recurre á vos siempre es oído: sólo yo, des-

graciado y abandonado, no soy digno de recibir de vos el menor favor." Apareciósele la Santísima Virgen llena de hermosura y de gracia, y le dijo: "¿Te quejas de que no escucho tus oraciones y de que no te concedo ninguna gracia? ¡Ingrato! ¿No sabes que los favores de que te he colmado hasta aquí son casi infinitos? Sin mi socorro, ¿cuántas veces hubieras caído en un abismo de iniquidades? ¿Cuántos amigos tuyos han muerto súbitamente y en desgracia? ¿Cuántos de los que no conoces han caído en el infierno? Y si tú no estás en él ¿á quién lo debes? ¿No soy yo, quien de él te ha preservado? Sabe que cuantas veces has orado, te he oído; y si no siempre te concedo lo que me pides, te doy alguna otra cosa más provechosa para tí." Y dicho ésto desapareció.

III. ¿Qué decís vos, pecador, que os quejais de no haber recibido jamás ningún favor de la Santísima Virgen? ¡Ingrato! ¿Cuántas veces habríais su-

cumbido en tal ocasión? ¿Cuánto tiempo ha que estaríais en el infierno si la Virgen Santísima no os hubiera tendido la mano? A ella es á quien debéis el haber escapado de aquella enfermedad peligrosa, el haber resistido aquella tentación tan violenta, y el haber perseverado en el bien hasta ahora; á ella debéis el odio al pecado, el deseo de la virtud y horror al vicio. Aun más, á ella debéis la prosperidad de vuestra casa, de vuestros negocios y de vuestra familia. Todas estas son gracias de la Santísima Virgen, pero gracias que no conoceis. Ved, pues, la obligación que teneis de amarla y servirla, porque os ha preservado de tantos males y os ha colmado de tantos bienes. Y vos, pecador, en vez de darle gracias por tantos favores, todavía os quejais de su indiferencia, y la olvidais como si no fuese vuestra madre. ¡Ingrato! arrojaos á sus pies y pedidle perdón. Y todos vosotros, hermanos míos, desengañaos hoy, y

comprended la necesidad que todos tenemos de buscar un asilo en esta ciudad de refugio, es decir, de encomendarnos á la Santísima Virgen, y de tener confianza en su protección. Verdad infalible es que necesitamos tanto pedir á nuestra madre María cuanto necesitamos obtener de Dios sus gracias, porque su Majestad no concede ninguna sino es por su intercesión. «Dios, dice San Germán, no concede sus dones sino por la Santísima Virgen» Nos es tan importante entrar á esta santa ciudad, como lo es el entrar en el cielo; porque nadie se salva sino por ella. *Nullus est qui salvus fiat nisi per te, o virgo Maria.* Es decir, que sólo por su intercesión nos salvamos.

La devoción que os recomiendo hoy és, que no dejéis jamás de rezar el *Angelus*, en la mañana, á medio día y en la noche, para saludar á la Santísima Virgen, y darle las gracias por haber consentido en ser la Madre de Dios.